

sibilidad de desarticular los códigos sociales existentes para proponer otros nuevos y libres. Fue ese el momento de "Detruire, ditelle" (1970) y "Jaune le soleil" (1971). Lo que no se había conseguido romper en la vida, podía romperse desde elitistas obras

clásico cine negro deriva hacia una crónica amarga sobre la vejez, sin que ello implique ternurismo ni tristeza; la originalidad de la película es que esa amargura se desarrolla a partir del humor. Como ya hiciera el propio Altman en "Un largo adiós", so-

lo de que se mundo cerrado tiene elementos mágicos intangibles y sugerentes, parece como una renuncia a volver a plantearse que ese rompimiento cinematográfico se prolongue mínimamente en la vida. No sé si es creíble cierta mitología de la vanguardia por la que puede aceptarse incondicionalmente lo que es distinto por el simple hecho de serlo. En ocasiones, lo distinto es más antiguo que lo conocido, porque arrastra ideas o emociones no nuevas, sino viejas.

Naturalmente, una obra no es sólo lo que un crítico diga de ella; tampoco lo que digan todos. Con Marguerite Duras hay polémica, aunque menos de la que podría ser necesaria, ya que muchas veces los críticos se dejan impresionar por quienes consideran más cultos y relacionados. Juzgamos desde la percepción y no del análisis, y es muy difícil desde ahí ahondar suficientemente. Sin embargo, no puedo evitar sentirme desligado del mundo de Marguerite Duras y muy especialmente de "India song". De cualquier manera, me alegraría de que en España supusiese un éxito de público, ya que sería una justa recompensa a la distribuidora que se ha empeñado en mostrarnos este cine, también a contrapelo de la demanda común. ■

DIEGO GALAN.

"El gato conoce al asesino"

Una película producida por Robert Altman tiene siempre la garantía de escaparse de los estrechos límites de la mediocridad. En su afán de proteger a nuevos directores, Altman no olvida el rigor debido a una política de producción que se basa en propio nombre como única posibilidad de lanzamiento comercial. Así, el experimentado guionista Robert Benton, que dirige para Altman "El gato conoce al asesino", realiza una película donde el punto de vista sobre el

creación de un viejo detective cuyas formas de actuación profesional no se han adaptado a los nuevos tiempos. Gordo, viejo, testarudo y solitario se encuentra rodeado de unos personajes que pueden ser la réplica caricaturesca de los clásicos enredadores de las novelas negras. La actuación de este detective será posiblemente la última. De ahí el título original de la película, "The late show" ("La última actuación"), cambiado en Francia por el mismo con el que ahora se estrena en España seguramente como referencia cómplice al mundo de Chandler.

Quizá las intenciones de Robert Benton como guionista no han sido cuajadas de la misma forma por el Benton director. De hecho, en ocasiones la película se hace oscura y no precisamente por la inevitable complejidad de los personajes de estas novelas, como "el sueño eterno" que incluso en la versión cinematográfica de Howard Hawks parecía extraída de la confusión. La de Benton es más debida a una cierta inexperiencia, que unida al bajo presupuesto económico de la producción, traducen "The late show" en una obra simpática, aunque en ocasiones ingenua. A ella colabora el pésimo doblaje sufrido en España, en el que los actores traductores se han dedicado a gritar descompasadamente unos diálogos cuya imagen reflejan un muy distinto tono interpretativo. ■ D. G.

"Paz separada"

Realizador independiente de quien en España conocemos su primera película ("Víctima de la ley", extraña traducción de "One potato, two potato", 1964) y alguna posterior ("El incidente", 1967), Larry Peerce realiza en "Paz separada" su sexto largometraje. En éste, como en los anteriores, se inclina hacia su tema preferido: la violencia, aunque no entendida ésta en su

EN EL NUMERO DE JULIO DE TIEMPO de HISTORIA

MARIA RUIPEREZ

HABLA ERNESTO



CON más de ochenta años, este émulo de D'Annunzio, inspirador de "El Falangio", conferenciante de Hispanidades ubérrimas, iniciador de un cierto surrealismo literario, al que se apuntaría la intelectualidad española de los años veinte y treinta, desde Ramón Gómez de la Serna a Rafael Alberti, a través de las páginas de su inefable "Gaceta: Literaria", acaba de publicar sus "Memorias de un dictador", en las que recorre a la velocidad de un Marinetti coltífero las etapas de una España abocada al drama de la guerra civil y la dictadura franquista, dictadura de la que Giménez Caballero fue acérrimo defensor y, como tantos otros, singular "lucero".

(En la foto, Giménez Caballero en sus días de esplendor.) ■

JOSE MARIA SOLE MARIÑO

1917: LOS NOVELISTAS RUSOS ANTE LA REVOLUCION

AQUELLOS días "eternamente jóvenes" de la Revolución de Octubre, que hacían exclamar a Maiakovski: "No andamos, volamos, no volamos, nos movemos por exhalación"... supusieron para la intelectualidad rusa una auténtica toma de conciencia con las realidades de su época y de su país: convicciones deterioradas por largos años de humillación, cómodas posturas violentamente desmascaradas, cobardías puestas a la luz y actos de coraje rememorados; todo el bagaje de una inteligencia que, tras doscientos años de opresión y renuncia, se vio lanzada a la tarea de responsabilidad de educar a un pueblo, o de elegir el torturado y ambiguo camino del exilio.

(En la fotografía, Máximo Gorki hacia 1924.) ■

EN EL NUMERO DE JULIO DE TIEMPO de HISTORIA